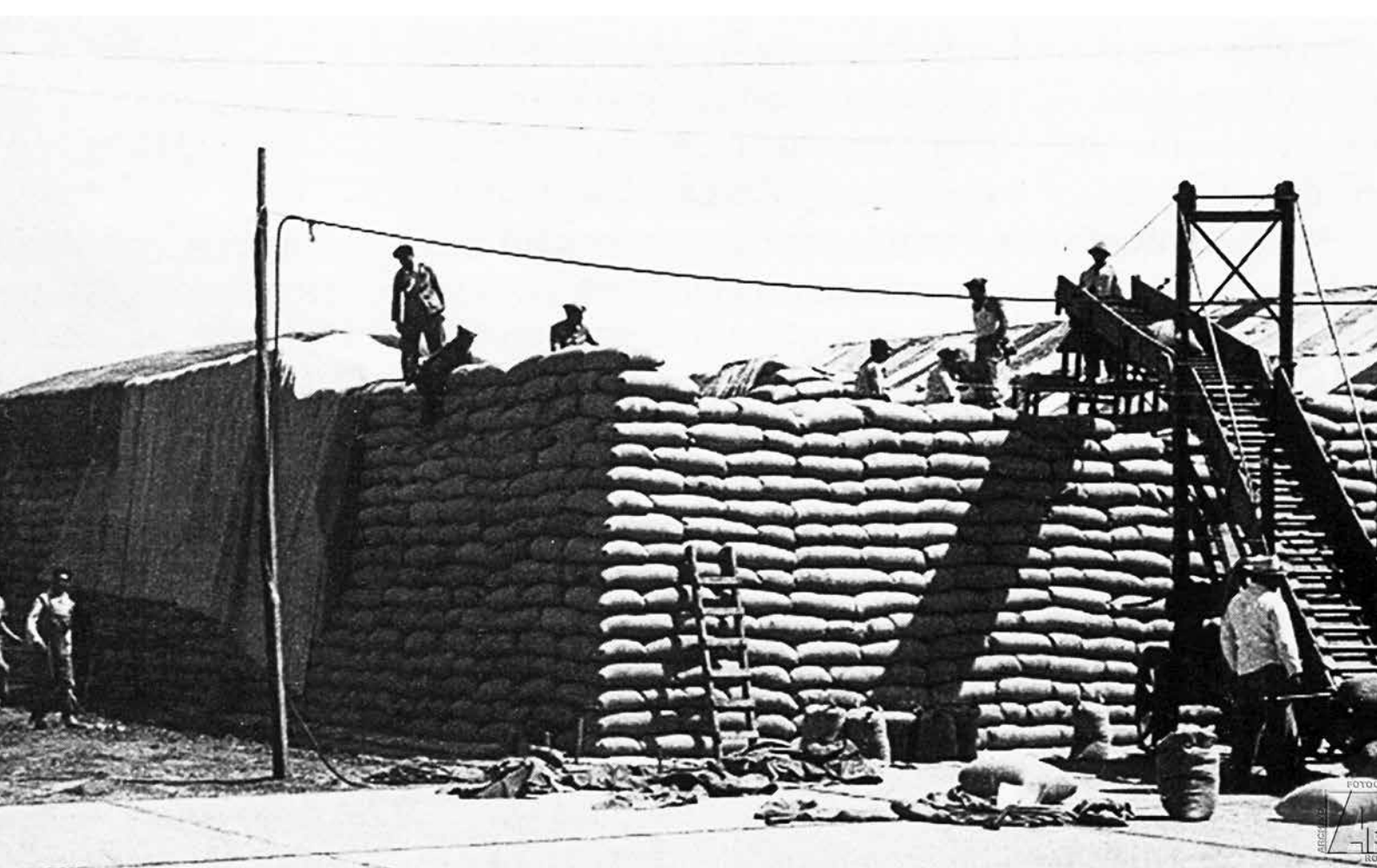


## HISTORIA



# La Primera Guerra Mundial y el comercio de granos en la Argentina. Neutralidad y puja anglo-germana

Mario Rapoport <sup>(1)</sup> y Ricardo Lazzari <sup>(2)</sup>

## LA NEUTRALIDAD EN LA GUERRA

Un aspecto poco estudiado sobre la posición argentina en la Primera Guerra Mundial fue el efecto de la política de neutralidad sobre el comercio de granos y sobre la posición de los intereses alemanes que predominaban en él.

Hacia 1914 ya se había iniciado en el mundo una gran tragedia, un conflicto bélico que afectaría, entre otras cosas, las relaciones argentino-germanas, así como los intereses de Alemania en el país del Plata. Bajo dos diferentes gobiernos, el conservador de Victorino de la Plaza y el radical de Hipólito Yrigoyen, se mantuvo una política de neutralidad,

(1) Profesor Emérito de la Universidad de Buenos Aires.

(2) Investigador de la Universidad de Buenos Aires.

situación que generó grandes polémicas internas así como la presión de las potencias beligerantes, con quienes se produjeron diversos conflictos. La política de neutralidad argentina respondió a una serie de razones, algunas de las cuales se repitieron en la Segunda Guerra Mundial, y no puede argumentarse seriamente que fuera el resultado de una inclinación pro alemana.

De todos modos, las respectivas políticas exteriores de De la Plaza e Yrigoyen fueron muy diferentes, tanto en la forma de encarar la neutralidad, como en las épocas que le tocó actuar a cada uno de ellos, porque Yrigoyen llegó al poder casi simultáneamente con la entrada en el conflicto de los Estados Unidos, con lo que los elementos de presión sobre Sudamérica aumentaron.<sup>(3)</sup>

La diferencia esencial en política exterior entre la élite oligárquica que gobernó hasta 1916 e Hipólito Yrigoyen, tiene que ver con los matices más nacionalistas y latinoamericanistas que este último imprimió a su gestión y con las diferentes concepciones jurídicas de la neutralidad; pues el gobierno radical sostenía que la paz era un estado natural entre las naciones y que sólo si la Argentina se veía involucrada en el conflicto debía participar en él, mientras que Victorino De la Plaza dictó una declaración formal en ese sentido. Los motivos reales a los que nos referimos tenían que ver con el alejamiento del escenario de guerra, el peligro que una intervención podía tener para el comercio con Europa y, sobre todo, con Inglaterra, y la necesidad de mantener una política de cierta autonomía respecto a los Estados Unidos.

En verdad, la neutralidad fue benévola para el bloque anti-germánico mientras que las relaciones económicas y comerciales con Alemania resultaron dañadas. La Argentina reconoció las “listas negras” establecidas por los ingleses e interrumpió casi totalmente su comercio con las potencias centrales. Un factor importante que jugó en la política local, remarcado por prácticamente todos los autores, es el hecho de que esa “neutralidad benévola” convenía más a Gran Bretaña que el involucramiento en la guerra, dada la importancia de la producción agropecuaria pampeana en su abastecimiento. Esto es señalado por Sergio Bagú, quien afirma que el abandono de la neutralidad por parte de la Argentina hubiese implicado, para Gran Bretaña, dos peligros, uno inmediato y otro mediato: “la mengua considerable de los abastecimientos de esa procedencia y la mayor penetración de los intereses estadounidenses en un mercado de tradicional predominio británico.”<sup>(4)</sup>

En realidad, la neutralidad estuvo apoyada por elementos

ideológicos disímiles, cuando no contrapuestos. Los socialistas internacionalistas (ala izquierda del socialismo, luego comunistas) estaban contra la guerra y, por lo tanto, contra toda intervención argentina. En esto coincidían con conservadores anglófilos temerosos de la participación en el conflicto, con nacionalistas de distinto tipo y con los pro-alemanes. Es preciso señalar, sin embargo, que muchos conservadores, neutralistas hasta la llegada de Yrigoyen, se transformaron luego en ardientes partidarios de la alianza encabezada por anglosajones y franceses: la evolución de la política interna tuvo en este sentido mucho que ver, y se expresó en ásperas discusiones en el Congreso.

Varios intelectuales escribieron artículos en defensa de Alemania, destacándose el caso de Ernesto Quesada, que más tarde terminó donando su biblioteca personal al Instituto Iberoamericano de Berlín y fue nombrado profesor emérito con renta vitalicia en la universidad berlinesa. Por otra parte, al igual que los reservistas movilizados por los británicos y algunos de los países aliados a ellos, también hubo alemanes radicados en Argentina que, ante el llamado de su consulado, decidieron viajar como voluntarios al viejo continente para participar en la guerra; así como retornaron oficiales germanos que estaban entrenando al Ejército argentino. Este fervor patriótico de los alemanes tuvo la sola excepción de la organización obrera Vorwärts, de orientación socialista, que defendió en un principio posiciones pacifistas pero que pronto tuvo que acomodarse, por los cambios producidos en su dirección debido a presiones de la comunidad, a la línea predominante.<sup>(5)</sup>

Las circunstancias, sin embargo, tuvieron un curso distinto al esperado. No sólo la gran mayoría de la sociedad argentina y de sus élites adoptó la causa anglo-francesa (aún defendiendo la posición neutralista de los gobiernos), sino que la guerra fue inclinándose en contra de los imperios centrales y represalias de distinto tipo afectaron a la colectividad germana. Desde las “listas negras” y la casi interrupción de las relaciones comerciales, hasta el despido o la rebaja de sueldos de empleados de origen alemán, pasando por actitudes en contra de empresas alemanas, fueron varias las causas que iban a disminuir profundamente por algunos años la otrora importante influencia comunitaria.

El único éxito aparente del gobierno de Yrigoyen estuvo en mantener la neutralidad hasta el fin de la guerra, a pesar de algunos episodios que casi conducen a un rompimiento, como el “affaire” que llevó a la expulsión del embajador germano en Buenos Aires, o el hundimiento de un par de barcos mercantes argentinos por navíos de guerra alemanes. Con todo, ningún autor atribuye esta actitud, pese a las

(3) Cf. Jane Van der Karr, *La Primera Guerra y la política económica argentina*, Troquel, Buenos Aires, 1974; B. Solveira de Baez, *Argentina y la Primera Guerra Mundial: según documentos del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto*, Centro de Estudios Históricos, Córdoba, 1994; Ricardo Weinmann, *Argentina en la Primera Guerra Mundial: Neutralidad, transición política y continuismo económico*, Biblos, Buenos Aires, 1994

(4) Sergio Bagú, *Argentina en el mundo*. F.C.E., Buenos Aires, 1961, p. 78.

(5) Alfredo Bauer, *La asociación Vorwärts y la lucha democrática en la Argentina*, Biblioteca Nacional. Buenos Aires, 2008, pp. 100-101. Sobre la comunidad germana en la Argentina ver Roland C. Newton, *German Buenos Aires, 1900-1933. Social Change and Cultural Crisis*, University of Texas, 1977.



Elevadores de granos en Puerto Madero en 1910

acusaciones que se hicieron en la época, a una inclinación gubernamental pro-alemana.<sup>(6)</sup>

Tampoco dio resultado la presión de Estados Unidos, país que entró en guerra en abril de 1917 y se transformó en la cuarta punta de un complejo cuadrángulo completado por Gran Bretaña, Alemania y la Argentina. Los británicos no deseaban, como dijimos, que este último abandonara la neutralidad, porque temían que podía afectar el intercambio comercial recíproco. Por el contrario, Washington no estaba preocupado por su propio y creciente comercio con los sureños, luego de haberse transformado durante el conflicto bélico en su principal partenaire comercial, siendo por unos años el principal exportador e importador ante las dificultades creadas por el transporte de productos hacia y desde Europa. A diferencia de Gran Bretaña, la actividad de los submarinos alemanes no lo afectaba y, además, comenzaba a despuntar su interés por exportar capitales a la Argentina, donde desde principios del nuevo siglo había realizado inversiones claves, como en la industria frigorífica, desplazando a intereses británicos. Éstos, en cambio, iban a tener después de la guerra un nuevo motivo de preocupación: la competencia norteamericana.

Sin embargo, un caso produjo roces en las relaciones argentino-estadounidenses y mostró la verdadera faceta de las intenciones de la Casa Blanca. Fue la 'visita' repentina a la

neutral Argentina por parte de barcos de guerra de Estados Unidos al mando del contraalmirante W.B. Caperton, en julio de 1917. Washington ya estaba presionando entonces al gobierno de Buenos Aires a entrar en la guerra, a lo que el presidente Yrigoyen se rehusaba. La escuadra de Caperton había hecho un viaje de propaganda a Brasil y Uruguay y solicitó a Yrigoyen el permiso para hacer escala en un puerto del sur argentino en su viaje hacia el Pacífico. La invitación que recibió le permitía fondear en el puerto de Bahía Blanca. Sin embargo, de manera intempestiva, se dirigió a Buenos Aires y se quedó allí diez días pese a que bajo la ley internacional los barcos de guerra sólo podían permanecer en puertos neutrales veinticuatro horas. Esto fue tomado por el gobierno argentino, aunque se formalizó la invitación a ese puerto, como una verdadera ofensa.<sup>(7)</sup>

### LOS NEGOCIOS DE LAS EMPRESAS DE ORIGEN O CON VÍNCULOS CON ALEMANIA CON EL KÁISER

Bajo un contexto de lucha entre estos poderes imperiales, las buenas perspectivas para los negocios de Bunge & Born, Weil Hnos. & Cía. y otras compañías exportadoras de granos vinculadas a Alemania o a intereses alemanes comenzaron a oscurecerse; pues a pesar de la neutralidad adoptada por los gobiernos argentinos, la guerra comercial británica en Sudamérica, a la que desde 1917 se incorporaron los norteamericanos, implicaría la realización de grandes esfuerzos por parte de partidarios de Inglaterra y Estados Unidos por socavar la influencia alemana en los negocios locales. Buscaban de ese modo no sólo destruir el control germano en determinadas actividades económicas, sino también que las compañías de origen británico y estadounidense aprovecharan ese vacío.

Desde fines del siglo XIX capitales alemanes habían ganado una importante participación en el comercio exterior argentino, situación que desde un principio fue vista, sobre todo por Gran Bretaña, como de sumo peligro, ya que Argentina era la principal fuente de una parte sustancial de sus bienes primarios.<sup>(8)</sup>

Algunos documentos muestran que, pese a lo que se pensó en algún momento en torno al abastecimiento preferente por parte de empresas argentinas a Francia y Gran Bretaña durante la guerra, tal cosa no ocurrió o lo fue sólo en parte. Por el contrario, Bunge & Born y Weil Hnos. & Cía estuvieron fuertemente comprometidas con el imperio alemán, procurando abastecerlo de granos e incluso, como se señala más adelante, en directa vinculación con el Káiser.<sup>(9)</sup>

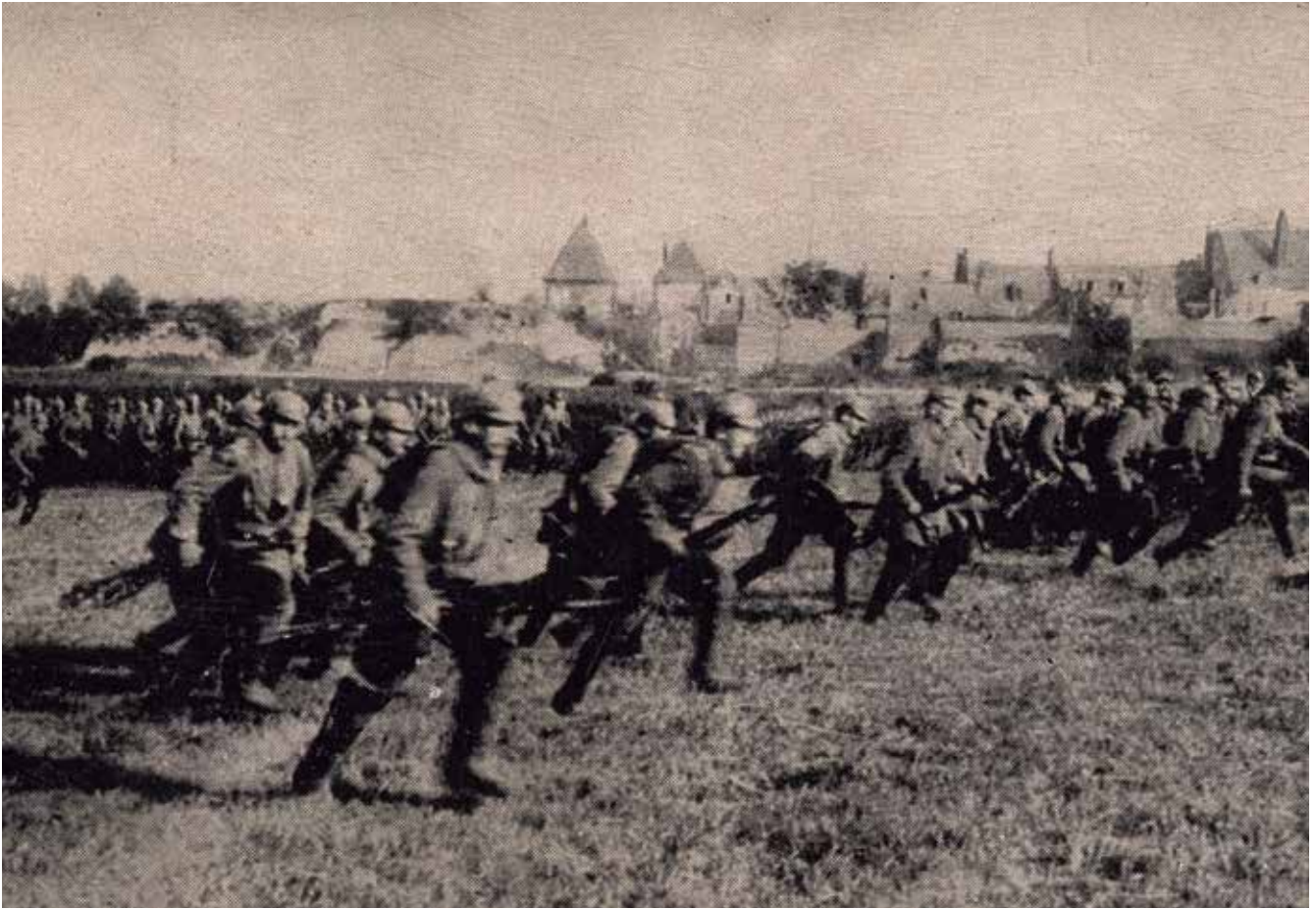
(6) Cf. Newton (1977) y Weinmann (1994). Los barcos fueron el "Toro" y el "Monte Protegido". El episodio del embajador alemán Von Luxburg se refiere a telegramas interceptados por los norteamericanos, con consideraciones agraviantes hacia el gobierno argentino, como considerar al Canciller Honorio Pueyrredon un "notorio asno". Von Luxburg estaba casado con una argentina de la familia Martínez de Hoz. Cf. Solveira de Baez (1994), pp. 39 y ss. Sobre la presión norteamericana ver Van der Karr (1974).

(7) Sobre este incidente ver Harold Peterson, *Argentina y los Estados Unidos, T II, 1914-1960*, Eudeba, Buenos Aires, pp. 17-18. Weil lo menciona en su libro *El enigma Argentino*, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2012, p.31.

(8) Roger Gravil, *The Anglo-Argentine Connection, 1900-1930*, Westview Press, Boulder y Londres, 1985, p. 112.

(9) Newton (1977), 47-48.





Para los alemanes, el control de la comercialización de los granos argentinos poseía una notable importancia estratégica, dado que apartaba del manejo de las provisiones a los británicos y, a la vez, les permitía acumular reservas y stocks de los distintos tipos de cereales, política sensible en tiempos de guerra. De hecho, el gobierno británico sospechaba que Bunge & Born, en asociación con Weil Hnos. & Cía. y General Mercantile Co., todas controladas directa o indirectamente por alemanes, o vinculadas por razones familiares a Alemania, cooperaban bajo determinadas formas que les permitía asegurarse el mercado argentino de trigo y maíz.<sup>(10)</sup> Debemos señalar que junto con Dreyfus, de origen francés, estas compañías disponían antes de la guerra entre el 65 y el 85% del mercado de granos.<sup>(11)</sup>

Con el desencadenamiento del conflicto bélico, los británicos utilizaron su dominio naval sobre el océano Atlántico y su poderío financiero para perpetrar un bloqueo naval a Alemania que restringiera su acceso a materias primas y alimentos, así como también encararon tratativas diplomá-

ticas para coaccionar a los países neutrales a fin de que redujeran su intercambio comercial con el enemigo. De modo tal que en las estadísticas de comercio exterior argentino no figura durante toda la guerra ningún intercambio comercial con Alemania. No obstante ello, las compañías cerealeras de origen alemán en Argentina, si bien enfrentando una fuerte persecución, realizaron artimañas para poder sortear estas trabas a sus negocios. Se sabe que Bunge & Born y Weil Hnos. & Cía. exportaron, en los primeros diez meses de 1915, 860 mil toneladas de maíz a países como Holanda, Dinamarca y Suecia, que antes de la guerra eran mercados insignificantes para el país del Plata.<sup>(12)</sup> Lo que hace pensar que su dirección final podía ser Alemania.

Asimismo, comenzaron a proliferar cargas de granos consignadas a lugares como St. Vincent, en el Caribe, o Las Palmas, en las Islas Canarias, últimos reductos neutrales en camino hacia Europa. Todos estos envíos tenían, por seguro, a Alemania como puerto de destino; pero dado que la mayor parte de las exportaciones argentinas se realiza-

(10) FO 902/2, WTID Weekly Bulletin, 10 de marzo de 1916. Citado en Gravil (1985), pp. 114-115. En verdad, Bunge & Born fue fundada como filial de una compañía existente en Amberes, pero el origen de los Bunge no era belga sino alemán y católico. Los Weil eran judíos alemanes, que hicieron su empresa en la Argentina. Las memorias de Félix Weil explican sus orígenes. Memorias de Félix J. Weil (inéditas) Archivos de Frankfurt am Main. Estas memorias están divididas en dos partes por eso las enumeraremos como I y II.

(11) Las cifras son de Gravil, (1985), p. 114 y Weil (Memorias II), p. 74. Dreyfus fue fundada por un judío alsaciano y sus intereses estaban más vinculados a Francia. Todos los datos del nacimiento de estas empresas pueden encontrarse en Dan Morgan, Los traficantes de granos, Editorial Abril, Buenos Aires, 1982.

(12) Véase Phillip Dehne, "The First World War in South America: the difficulties of using globalization as a weapon", ponencia presentada en 2009 Meeting of the Latin American Studies Association, Río de Janeiro, Brasil, junio 2009, p. 14; y Gravil, (1985), p. 115.



ban “por órdenes”, no se hallaba especificado el puerto final al que se dirigían. La Corona británica reconocía que los bienes que Alemania intentaba importar eran consignados hacia puertos neutrales y que de la documentación a bordo de los barcos difícilmente podía inferirse su destino final.<sup>(13)</sup>

Adicionalmente, el Cónsul General británico Mackie reconoció que las compañías germanas utilizaban el 85% de la capacidad de carga de los buques británicos disponibles en el puerto de Buenos Aires.<sup>(14)</sup> A pesar de violar la *Trading with the enemy Act de 1914*, los empresarios navieros dueños de esos barcos, igual que los de los ferrocarriles, aceptaban transportar cargas del “enemigo”, demostrando el peso que las compañías cerealeras germanas tenían dentro de la estructura productiva local y la dependencia que generaban en varios sectores de la actividad económica.

Ante esta situación, el gobierno británico decidió extender la política de listas negras comerciales, inicialmente pensada

para afectar los intereses de firmas localizadas en territorio enemigo, a la América Latina neutral. Bajo fuertes presiones de los empresarios anglo-argentinos por la persistencia del comercio trasatlántico alemán durante la guerra y frente a las sospechas de que las grandes cerealeras en Argentina abastecían a los barcos de guerra germanos en el océano Atlántico, la Corona británica emitió la primera lista negra (Statutory Blacklist) para Sudamérica el 16 de marzo de 1916. La familia Weil era una de las principales empresas que estaban en la mira de Londres.

Desde el estallido de la guerra, Hermann Weil, el principal accionista, y su compañía trabajaban para el gobierno alemán. De hecho, a principios de 1914, Hermann pagó voluntariamente un impuesto especial para la fabricación de armamentos destinados al ejército germano. A pesar de que se había naturalizado argentino, su pretensión de asistir al Imperio de Guillermo II remitía, según relata su hijo Félix, a un sentimiento patriótico que no sólo se había despertado

(13) Miscellaneous No. 2, “Statement of the measures adopted to intercept the sea-borne commerce of Germany. Presented to both Houses of Parliament by command of His Majesty”, Harrison and Sons, London, January 1916, p. 4.

(14) FO 118/342, Mackie to Tower, 7 de octubre de 1914. Citado en Dehne (2009). Las exportaciones argentinas a Holanda, Suecia y Dinamarca durante la Primera Guerra crecieron 41%, 100% y 300% respectivamente respecto del período pre-bélico. Ver, respecto de este tema, R. Weinmann (1994), pp. 69-71.

en la comunidad alemana en Argentina, sino también en las comunidades inglesas y francesas residentes en el país respecto al bando aliado.<sup>(15)</sup> Pero por fuera del idílico llamamiento de la patria a sus hijos cuando ésta se encontraba en pena, Weil Hnos. & Cía. había realizado acuerdos bien concretos con el gobierno del Káiser.

La firma había recibido 20 millones de pesos oro por parte del Estado alemán en base a un acuerdo secreto con el embajador alemán en Buenos Aires, para que con ese dinero junto al capital propio de la compañía, comprara cereales en la Argentina y los almacenara durante el tiempo que durase la guerra o, en caso de que fuera necesario, “destruirlos, para impedir que Inglaterra los obtuviera”.<sup>(16)</sup>

Ese dinero, que no se usó, se devolvió a la República de Weimar; pero durante la guerra, la empresa actuó como informante del Estado Mayor de la armada alemana, teniendo a su cargo la tarea de anotarlo sobre aquellos barcos que zarpaban desde los puertos argentinos cargados de cereales hacia Gran Bretaña o hacia otros destinos que podían ser simples puertos de tránsito hacia las islas.

El plan de Hermann consistía en comprar cosechas en la Argentina y luego venderlas a los aliados mediante testaferreros. De ese modo se sabría cuando navegaban hacia esos barcos rumbo a Europa y así enviar los submarinos para hundirlos. En cambio, con un toque nacionalista argentino, Hermann le puso como condición al Káiser que, si Alemania ganaba la guerra, debían reconquistar las Islas Malvinas y devolverlas a la Argentina.

Hermann Weil era considerado como uno de los principales expertos en el mercado mundial de cereales y en los modos de abastecimiento de Gran Bretaña. De modo tal que le fue asignada la tarea de confeccionar informes semanales sobre la situación alimentaria inglesa y de las potencias beligerantes. El teniente coronel von Braun-Behrens, jefe de la oficina de guerra en Frankfurt, concurría una vez por semana a la mansión de los Weil para retirar los informes que enviaba, a través de las altas jerarquías del ejército alemán, al Káiser Guillermo II.<sup>(17)</sup>

Mientras tanto, en los confines sureños de la América del Sur, la lista negra británica incluía, sin sorpresa alguna, a las firmas alemanas exportadoras de granos. Bunge & Born, Weil Hnos. & Cía. Hardy & Mühlenkamp, y la Sociedad Financiera e Industrial Sud-Americana de Alfredo Hirsch (que en realidad se había desprendido de Bunge & Born cuando em-

pezó la guerra para tratar de aparecer diferenciada de aquella). Todas ellas fueron incluidas en la lista el 26 de marzo de 1916 y figuraron allí hasta el 28 de abril de 1919. Más tarde, se agregarían los depósitos alemanes de carbón y flotas mercantes del mismo país, tales como Hansa y otras compañías.<sup>(18)</sup> Estas empresas se veían, desde entonces, privadas de utilizar buques, carbón y servicios bancarios de origen británico; incluso sus cargas y correspondencia a bordo de buques de países neutrales serían confiscadas por los barcos de guerra de la Corona en el Atlántico.

El primer impacto de la *Blacklist* para Weil Hnos. & Cía. y Bunge & Born fue tremendamente negativo, reduciendo los flujos comerciales que éstas llevaban adelante con Europa. Sin embargo, la respuesta de estas compañías no se hizo esperar. Además de las exportaciones “por orden” hacia Escandinavia o puertos neutrales en el Atlántico, las firmas listadas comenzaron a operar bajo otros nombres o mediante empresas o personas intermediarias, conocidos como los “tapados” (*cloak*), que no estaban incluidos en la lista negra. De esta forma, las operaciones se documentaban a nombre de estos “tapados”, tanto las de exportación de granos, como las de importación de insumos, permitiendo que, en definitiva, las cerealeras pudieran disponer indirectamente de todas las facilidades que les fueran negadas por la lista.

Entre los “tapados” se encontraban empresas tales como la *Société Anonyme des Minoteries et d'Élevateurs a Grains*, la que aparentemente era de propiedad o estaba vinculada con Bunge & Born. A pesar de que los oficiales británicos pudieron incluir algunas de estas firmas en la lista, reconocían que hacerlo de forma exhaustiva sería una tarea interminable.<sup>(19)</sup>

El montaje de las apariencias continuaba con la exacerbación de las operaciones en los mercados de opciones de Buenos Aires y Rosario durante todo el período de guerra. A través de este mecanismo, esas empresas alineaban sus acciones en el mercado y lograban forzar al alza los precios que debían pagar las de los países aliados. El mercado de opciones permitía, a su vez, que se desconociera el destino final de los granos tranzados. De esta forma, esas compañías vinculadas de una u otra forma a Alemania se involucraban en una cadena de intermediaciones que terminaba por “blanquear” sus granos. Las mismas firmas británicas se veían envueltas en la compra de granos comercializados, en primera instancia, por empresas alemanas incluidas en la *Blacklist*. Gravil señala que el 60% de los 200 *brokers* que intervenían en los mercados de opciones de Argentina estaban en condiciones de hacer contratos con países “enemigos”.<sup>(20)</sup> Por lo tanto, los

(15) Cf. F. Weil (Memorias II), pp. 34-35. Las comunidades que tuvieron peso en la conducción del país en sus primeras etapas o que estaban vinculadas a través del comercio o las inversiones fueron la británica, la alemana y la francesa. Un análisis de la comunidad inglesa de ese entonces puede encontrarse en Alistar Hennessy y John King (Edit.), *The Land that England Lost*, The British Academic Press, Londres, 1992. Para el caso de la comunidad alemana puede consultarse a Newton (1977).

(16) F. Weil (Memorias II), pp. 36-37.

(17) F. Weil (Memorias II), p. 37.

(18) Dehne (2009), p. 7.

(19) Idem, p. 17.

(20) Gravil (1985) p. 115





capitales británicos y la Cámara de Comercio británica en la Argentina veían al mercado de opciones como una importante fuente de ganancias, a pesar de que atentara contra los objetivos estratégicos de la Corona.

El gobierno británico entendió en ese momento que dejar el comercio de granos en manos de esas empresas privadas podía poner en jaque todo el esfuerzo bélico. Tal es así que sólo siete meses después de la primera lista negra, la Corona constituyó la *Royal Commission on Wheat Supplies*, encargada de adquirir todo el trigo que entrase al Reino Unido, realizando en Argentina compras por nueve millones de toneladas de cereales entre octubre de 1916 y el final de la guerra, lo que representaba en la temporada 1917-1918 el 45% de la cosecha argentina de trigo.<sup>(21)</sup>

Bajo este esquema, las firmas británicas que no habían podido aprovechar el ataque contra las cerealeras alemanas, pasaron a ser meras agencias de compra de la Corona británica. La *Royal Commission* intentó adquirir los granos de firmas que no estuvieran dentro de la lista negra, pero era muy difícil determinar si las compañías eran “tapadas” o si los granos provenían de alguna de las empresas consignadas en la lista. Dehne documenta que la *Royal Commission* hizo compras desde 1917 a Molinos Harineros y Elevadores de Granos, un supuesto molino de origen belga, cuya vincu-

lación con Bunge & Born era sospechada por las autoridades británicas en Argentina.<sup>(22)</sup> Bunge & Born, a fin de eludir el bloqueo se terminó dividiendo en dos firmas; la nueva se llamaba Cadeg, y tenía una sede europea en Amsterdam.

La impotencia del gobierno británico frente a los recursos y el poderío de las cerealeras alemanas lo llevó a crear una comisión de control de la importación de yute, producto esencial para el cargamento de cereales desde las estancias a los depósitos ferroviarios y, en un país como la Argentina con pocos elevadores de granos, el uso de bolsas de yute para el transporte de granos era la norma.<sup>(23)</sup> La oferta de este producto era monopolizada por los británicos a través de la producción de la India; por lo que la comisión del yute se encargaría de controlar las importaciones a través de la conformación de una lista de importadores aprobados, buscando descartar a firmas “enemigas” y privar de insumos a aquellas empresas incorporadas a la Blacklist. Sin embargo, el yute llegaba a las empresas germanas a través de sus intermediarios y también Bunge & Born creó su propia fábrica de bolsas de yute, que además de asegurarse el autoabastecimiento le permitía vender los excedentes en el mercado y así desafiar las trabas impuestas por el imperio británico.

Antes de que el conflicto bélico finalizara, Gran Bretaña dio cuenta de su incapacidad para luchar contra estas maniobras. Así, las grandes cerealeras germanas lograron sortear la guerra comercial británica y retomaron por completo el control del comercio exterior de granos argentinos después del armisticio. La Blacklist había resultado infructuosa en su afán de socavar el poderío de las firmas alemanas y potenciar a las empresas británicas. Por ello, éstas esperaban que las sanciones continuaran después de la guerra. En febrero de 1919, estas firmas enviaron un telegrama al Primer Ministro Lloyd George para que prohibiera la competencia de Bunge & Born, Weil Hnos. & Cía. y General Mercantile Co. en los mercados aliados.<sup>(24)</sup> El mismo Lord D’Abernon, en su misión a la Argentina en 1929, reclamaba una mayor participación de las empresas británicas en el intercambio comercial de granos entre Argentina y el Reino Unido, ya que la totalidad de éste permanecía bajo control de comercializadoras de Europa continental.<sup>(25)</sup> Pese a que normalmente se cree que la Argentina era a principios del siglo XX una especie de semicolonias británicas, esto era parcialmente cierto. En el devenido importante mercado de los granos, desde fines del siglo XIX predominaban intereses diversos y, como lo demostró la Primera Guerra Mundial, la competencia de las empresas germanas con las británicas fue muy dura y agrega un matiz más complejo para la comprensión de nuestra historia contemporánea.

(21) Dehne (2009), p. 19; y Phillip Dehne, “Britain’s global war and argentine neutrality”, en Johan Den Hertog y Samuël Kruizinga (eds.), *Caught in the middle. Neutrals, neutrality and the first world war*, Amsterdam University Press, Amsterdam, 2011.

(22) Dehne (2009), p. 22.

(23) Solberg, *The Prairies and the Pampas. Agrarian Policy in Canada and Argentina, 1980-1930*, Stanford University Press, 1987, p. 142.

(24) FO 118/507, Tower to Foreign Trade Department, N° 36, 15 de febrero de 1919. Citado en Dehne, (2009), p. 23.

(25) Lord D’Abernon, “Informe sobre las relaciones comerciales anglo-argentinas”, en *Revista de Economía Argentina*, marzo de 1930, año 12, N° 141.